

EDITORIAL DE RABIOSA ACTUALIDAD

LOS CESANTES

Cuando se publicaba el "Madrid Cómico," allá por el año de la nanita, el humorismo español se paralizaba en dos tipos sociales: la suegra y el cesante. El chiste de suegras ocupa ya, en nuestros días, los bajos fondos del epigrama o se refugia en los almanaques de pared, y aunque más de una gracia verdadera inspiró fuente tan desacreditada—como la de aquel yerno que viendo caer de una lancha a su madre putativa y perderse entre las aguas de un estanque, exclamaba: EN EL FONDO tiene ustel razón, mamá suegra—todo el mundo huye de este género de guasitas como de "un cese." En cambio el cesante ha vuelto al tablado de Arlequín. ¿Hasta dónde es justo burlarse epigramáticamente de un cesante?

Si nosotros pudiésemos pontificar con el aplomo del señor Díaz Dufóo, doctor graduado en achaques hacendarios hace muchos años, o si poseyésemos el donaire, con algunos años de retraso, del simpático doctor Flores, encajaríamos aquí una reflexión profunda, digna de encaramarse a las alturas vertiginosas y desquiciantes del editorial serio. Porque, en efecto, el tema no es para menos. El cesante es un pobre y los pobres, según el sentido misterioso y desconcertante de las Sagradas Escrituras se consideran "templos vivos de Dios." De aquí se deriva una consecuencia aterradora y un poco irónica: un templo vivo de la Divinidad se se levanta por la mañana sin saber dónde, por la noche, posará la cabeza.

Se alega, con pompa gubernamental digna de otros "díaz", que es preciso hacer economías en el Presupuesto. Pero... señores míos, ¿qué cosa es el presupuesto?

No sabemos acudir con frecuencia al Diccionario, por ser éste, según opinan correligionarios veraces, un mamotreto de la Reacción. Nos conformamos con definir, según nuestro leal saber y entender, lo que prestará no pocas novedades a lo definido. El presupuesto es, en su primera acepción, un pesebre casi bíblico en que se reparte equitativamente la alfalfa oficial a los predilectos del Señor. No entran como elementos de esta definición las ovejas descarriadas del redil, pues está vedado el potrero para la combinación de mamar y comer zacate. El presupuesto, en su segunda acepción, es un abismo con goznes lubricados en el que suelen caer, rebotar y dormirse, al fin, en la suerte, los más feroces opositoristas. El presupuesto, en su tercera y última acepción, es la industria nacional por excelencia. Este último aspecto es aterrador. ¿Qué van a decir los que fueron a la revolución desinteresadamente, pero al fin hombres de carne y hueso se ven necesitados de pastar en tierras feraces y realengas? ¿Y qué no dirán los que, habiendo disfrutado "las decenas" del Paraíso sienten ahora tocadas las lúvidas siones por el arcángel liberador del socialismo?

La dificultad estriba en la forma de llenar las partidas del presupuesto. El expediente a que se acude es sencillo. Unas veces se aplica el criterio político—que tiene por pregonero a don Luis Cabrera—, y otros se atiende sólo a

la competencia y pericia de los solicitantes. En el primer caso se cometen no pocas injusticias, pero si no se pone en práctica el sistema, gritarán y chillarán, creyendo perdidas para siempre las conquistas de la Revolución, aquellos que, a tenor del mensaje literario de don Alfredo Breceda, deben conocer la ciencia infusa que enseña a "esperar". En el segundo caso pueden cometerse no pocos desaciertos. Siempre pedirán los vencedores una limpia general, que en muchos casos es necesaria, pero la desocupación de un crecido número de cesantes ¿no es otro problema digno de alambicarse en el laboratorio de don Antonio Caso?

Y surge otra cuestión casi romántica: el sexo del empleado. Suelen ser terribles los ojos contrabandistas de una estenógrafa o la mirada "gorritz" de una taquígrafa llana y simple. Y nada digo si a tales prendas se agregan otras circunstancias adyacentes, pues claro es que entonces flaquearan las más fuertes y recias voluntades y se convertirán en promesas revolucionarias los dictados de la justicia que los moralistas llaman distributiva.

¿Qué hace, pongo por trance, un jefe de sección compelido a escoger entre cualquiera de estas dos cosas: o ahorrar para la nación una friolera y para ello despedir—entre suspiros y lágrimas preconstitucionales a una empleada—rompiendo de paso un bello idilio de a 8 o 9 pesos diarios con todas sus consecuencias; o bien, atender las sugerencias reaccionarias del corazón y conservarla, y en este otro caso desquiciar el presupuesto? Este es uno de aquellos dilemas que los escolásticos llamaban cornudos. ¿Cuál cuerno escogerá para sentarse el jefe de sección? La elección no es dudosa.

Y llegamos al fin de este editorial. Si se trata de economizar y reducirnos, como pretende don Carlitos Díaz Dufóo, al "presupuesto de frijoles y enchiladas de don Benito Juárez". ¿Por qué no se hace un trueque que indiquen de consumo el buen sentido y la justicia? ¿Por qué no se suprimen las subvenciones a los periódicos alabarderos del poder y se invierte ese dinero en pagar sus haberes a los maestros y maestras de escuela?

En España, donde suele llamarse las cosas por sus nombres, designan al dinero que se invierte en pagar a la prensa oficial con este mote: "el fondo de los reptiles." ¿Por qué nosotros no suprimimos del presupuesto esta partida que —casi es una partida de asaltantes? Nos parece conveniente agregar otra consideración.

Injusto es lo que se ha hecho con algunos empleados, pero con serlo mucho, lo es más todavía conservar a otros que por su clara, evidente, incontrovertible y notoria (sigo?) ineptitud, deben su puesto al favor o debilidad de sus jefes. Por donde, hoy como ayer, viene a ser aplicable la famosa cuarteta:

"Marqués mío, no te asombre;
Río y lloro cuando veo
Tantos hombres sin empleo
Tantos empleos sin hombre."